

MARÍA, MODELO DE LA IGLESIA SINODAL

Cardenal Mario Grech,
Secretario General de la Secretaría General del Sínodo

Queridos hermanos y hermanas:

es muy bonito poder estar reunidos aquí bajo el signo de María, Madre de la Iglesia, junto con todos los que han participado en el camino sinodal y los que están activamente comprometidos en los organismos de participación de las Iglesias locales que han venido a Roma para vivir el jubileo. ¿Qué significa «vivir el jubileo»? Nos lo enseña la Escritura en el Libro del Levítico: «Proclamaréis santo el año cincuenta (...). Será para vosotros un jubileo; cada uno de vosotros volverá a su propiedad y a su familia» (Lv 25,10). El jubileo es un tiempo en el que cada uno puede recuperar lo que le pertenece de más auténtico y profundo. Para nosotros, como pueblo de Dios, se trata de una imagen muy significativa: vivir el jubileo significa también para cada uno de nosotros recuperar lo que nos pertenece de más verdadero y profundo. Es un camino de retorno a las raíces del ser Iglesia, a la belleza de la propia vocación en la Iglesia. El Jubileo nos llama a caminar con renovada esperanza hacia un futuro de Iglesia en misión. Es un tiempo propicio para redescubrir el dinamismo evangélico que siempre ha animado a la comunidad eclesial, para salir de toda forma de repliegue y abrirse con confianza a los caminos del mundo. El Jubileo nos invita a renovar nuestro impulso apostólico, a dar testimonio con alegría del Evangelio, a construir puentes de fraternidad y a promover una cultura del encuentro.

Y nosotros, queridos hermanos y hermanas, a la luz del Sínodo concluido hace un año, con la confirmación del papa León XIV, estamos convencidos de que el estilo sinodal es lo que más auténtico y profundo pertenece a nuestras comunidades, a la Iglesia entera. El jubileo nos dice algo importante: la posibilidad de recuperar lo que nos pertenece no es un logro nuestro, sino un don de Dios: una puerta abierta por Dios en nuestra vida, por la que podemos pasar para volver a nuestra casa.

María nos guía en nuestro «jubileo», en la posibilidad de recuperar lo que nos pertenece. Ella es como la «custodia» perenne de una Iglesia sinodal y misionera. «En la Virgen María, Madre de Cristo, de la Iglesia y de la humanidad, vemos resplandecer plenamente los rasgos de una Iglesia sinodal, misionera y misericordiosa» (*Documento final* [DF], 29). El pasaje de la Anunciación que hemos proclamado en esta Vigilia resume de alguna manera esos rasgos fundamentales de la sinodalidad que recuerda el mismo documento final del Sínodo: María es «la figura de la Iglesia que escucha, ora, medita, dialoga, acompaña, discierne, decide y actúa» (DF 29).

En primer lugar, María es la figura de la Iglesia que escucha, modelo fundamental de una Iglesia de estilo sinodal. Ante el anuncio del ángel, María supo escuchar la Palabra que Dios dirigía a su vida para abrir caminos inéditos, para hacer renacer la esperanza y florecer el desierto. Hoy, como comunidades cristianas, estamos llamados a seguir el camino de María: en la oración asidua, saber escuchar entre tantas palabras la Palabra de Dios.

Además, María es la imagen de la Iglesia que reza. Cuánta necesidad tenemos de volver a una oración auténtica que nazca de la escucha de la Palabra de Dios. María pudo escuchar la Palabra de

Dios y acogerla en su vida porque fue educada en la oración de su pueblo. La escucha de la Palabra no es algo que se improvisa, sino que se prepara y se alimenta con la oración.

María es imagen de una Iglesia de estilo sinodal porque medita y dialoga. Después de haber escuchado en la oración la Palabra de Dios, María sopesa en su corazón los hechos de su existencia para discernir la voluntad de Dios. En esto, María es maestra de discernimiento eclesial, modelo de una Iglesia que, a partir de la escucha, discierne la voluntad de Dios y la pone en práctica. Pero tampoco podemos olvidar el audaz diálogo de María con el ángel en el pasaje del Evangelio que hemos escuchado: María no tiene miedo de dialogar con Dios, de expresar sus objeciones, de plantear sus dudas... ¡María no es una interlocutora pasiva de Dios! Quizás sea este el aspecto más «actual» y «joven» de María: la capacidad de hacer preguntas, la audacia de «luchar» con Dios, para discernir también nosotros, en tiempos difíciles y en situaciones a menudo desafiantes, cuál es su voluntad y llevarla a cabo con valentía y determinación.

En María vemos también la imagen de la Iglesia que decide y actúa. En ella vemos —continúa el *Documento final*— «la atención a la voluntad de Dios, la obediencia a su Palabra, la capacidad de comprender las necesidades de los pobres, el valor de ponerse en camino, el amor que ayuda, el canto de alabanza y el júbilo en el Espíritu» (DF 29). San Pablo VI afirmaba que «la acción de la Iglesia en el mundo es como una prolongación de la solicitud de María» (*Marialis cultus*, 28). Lo vemos en su disponibilidad para ponerse en camino hacia las montañas de Judea para ayudar a su prima Isabel. En esta solicitud por los necesitados, María se hace imitadora de Dios, quien, como afirma el Santo Padre León XIV en *Dilexi te*, siempre «se muestra solícito hacia las necesidades de los pobres: “Clamaron al Señor y él les suscitó un salvador” (Jue 3,15)» (DT 8).

Queridos hermanos y hermanas, esta noche también nosotros nos ponemos en la escuela de María, «imagen y principio de la Iglesia» (*Lumen gentium*, 68), para aprender a ser una Iglesia sinodal y misionera. Así podremos vivir nuestro «jubileo», atravesar la puerta que el Señor nos ha abierto, para que podamos recuperar lo que verdaderamente nos pertenece como Iglesia. Que María nos acompañe con su intercesión de Madre y camine con nosotros, para que continúe «el despertar de la Iglesia en las almas» (R. Guardini, *El sentido de la Iglesia*). Que a través de su presencia discreta y maternal podamos generar hoy al Cristo médico y medicina que es la esperanza que no defrauda. Pero para lograrlo, necesitamos crecer en comunión y ofrecer hogar y voz a cada vocación, porque cada vocación es un don para la comunidad, y solo juntos podemos generar un tejido eclesial vivo, abierto y generativo.